



00-1-1-1-1-1-1

ELLA, DELFINA

Y es que mi primer amor yace en su historia. Caen mis lágrimas una a una como cuando esa lluvia inventada en los rincones de la noche va llenando vasos, y besos y regresos.

Porque con ella fuimos tejiendo la vida entre rosas y cardos, en gaviotas y hor_miga, nubarrón y transparencia, en constantes desmayos y optimismos.

Porque con ella entendí el invierno y la vasta palabra del verano.

Porque no hubo calle ni vereda donde no cupieran sus pasos para llevarme de la mano a las vivas esferas de la lucha; porque temprano resumí la aurora, todas las auroras, y supe que los puertos existen si hay barcos y banderas, pescadores y fe. Porque con ella siempre hubo verdes de sembrador, inagotables.

Sí, los dos caminando y conociendo. Ambos construyendo el lenguaje en abril de las miradas, ella y yo recogiendo en muchos patios pedacitos de futuro.

Ah, qué linda con su canasta de frutas y el delgado pregón que hoy se me anuda: "Jocotes a centavo, anonas maduras, ¿va'querer?" Qué hermosa con delantal y -- dulces en las fiestas de diciembre. Qué extensa con su mampara donde exhibía los micos de corpus. O cuando vendía cascarones de huevo de variados colores, entregando en cada venta su joven pecho de gacela.

Y para el Día de Difuntos, ella era experta en hacer hojuelas. Quienes la vieron a la entrada del panteón de Santa Tecla saben que eran sabrosas porque iban hechas con extraño primor de alfarería, o por esa su manera de mezclar viento y miel, harinas y lucero, sudores y destino.

El día que me vistió de apóstol gozó, esa brisa en azul ahora está conmigo.

Y aquel domingo ¡Qué sorpresa!
15 años. Y aparecí mi padre
para invitarme a pasear
con María Consuelo y doña Ofelia.

Y al graduarme, Delfina satisfecha en la inicial madera.

Una tarde le dije que había escogido a la mujer de mis deseos, y me previno muy seria: "Asegurate que vos sos el primero porque algunas hacen el truco de la - sangre de pollo".

Delfy nació: cómo se retrataba en sus pequeños ojos y en su gran armonía redentora.

Luego Evelyn, blanca e inquieta: "La pachita, mama Pina, la pachita".

Llegó Sylvia y hubo en nuestra mesa más cantos, más espejos.

En mayo Francisco, y las flores desde entonces fueron otras, aunque siempre causantes de la sed.

Duele, no hay remedio. Caer lentamente sobre las charcas del recuerdo equivale a desnudar el árbol.

"Portate bien, no vengás muy noche". "¿Ya se te quitó la tos?". "Tomate esta agua de jengibre, ya vas a ver". "No comás picante, te va a hacer daño".

Cuánta frase en dulzainas, cuántas acuarelas.

Y sufrí hasta los silencios aquel 22 de mayo del 79 al verla inconsolable sobre el ataúd de Delfy.

Cada gemido suyo era una espina en mí.
Cada gota en sus ojos un adiós naufragante.

Ah, mi viejecita...

Ahora que la veo con el rostro sereno, dormida y soñadora, ahora que está plena de riachuelo y cantares,
ahora que deseo acaben guerra y odios y me dejen volar mi barrilete blanco, ahora que mis labios tiemblan mordidos por el diente calendario, ahora que se van los buhos y la ciudad enciende su antorcha primigenia.
Ahora que el reloj señala cinco formas de mirar el oriente,
ahora, después de ser uno para el otro,
ahora si de nada sirven libros para contener estas lágrimas,
ahora soy un niño entre brumas y llamas.

Ella que al final se prodigó segura de su triunfo, ella que rezaba a diario por que la justicia fuera en nuestra patria, ella que me enseñó que el bien libera y sana; ella: "Sólo este hijo he tenido pero da batería más que una docena"; ella, ya en su verdad de siglos, quieta, sin culpas, midiendo la soledad que me convierte en huérfano; lista para decir: Aquí vengo, tierra, a devolver tu préstamo, ella que no quiso que la vieran morir para no dar temores; ella que gozaba al ver a Vanessa jugar en su cama ella me entrega ahora las luces del sonido, la sangre del desierto, y el dolor que me acerca al dolor combabiente - del mar y de la cumbre.

Ella, peregrinos, mi primer amor,
mi madre.

Santa Tecla, 30 de Agosto de 1983

Rafael Góchez Sosa

